

MARTÍN TANAKA
EDITOR

2021

Capítulo 18

**LAS ELECCIONES
Y EL BICENTENARIO**

**¿Oportunidades desperdiciadas
o aprovechadas?**



2021: las elecciones y el bicentenario
¿Oportunidades desperdiciadas o aprovechadas?
Martín Tanaka, editor

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2021
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición:
Fondo Editorial PUCP

Primera edición: julio de 2021
Impresión por demanda

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-06705
ISBN: 978-612-317-664-8

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.
Jr. Risso 580, Lima - Perú

LA NACIÓN COMO PLEBISCITO COLECTIVO COTIDIANO ANTE EL DESAFÍO DE UNA HISTORIA INCLUSIVA

Claudia Rosas Lauro¹

En su conferencia *¿Qué es una nación?*, realizada en La Sorbona el 11 de marzo de 1882, Ernest Renan afirmaba que una nación es una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que se está dispuesto a volver a hacer. Supone un pasado y, sin embargo, se resume en el presente en un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de seguir viviendo juntos. La existencia de una nación es un plebiscito cotidiano, según Renan. Eran las últimas décadas del siglo que vio nacer muchas naciones y en el que el nacionalismo fue una bandera enarbolada por los Estados-nación. Después de esta definición «espiritual», han surgido muchas concepciones de lo que es una nación, pero la primera vez que leí este texto —cuando estudiaba en el colegio— motivaron mi reflexión dos ideas: por un lado, la nación entendida como un plebiscito colectivo de todos los días y, por otra parte, el hecho de que esta supone un pasado y un presente; es decir, la apelación al papel del tiempo histórico en la formación de la nación. Sobre estas dos ideas, que están entrelazadas, quisiera detenerme.

¹ Doctora en Historia por la Università degli Studi di Firenze. Docente del Departamento Académico de Humanidades de la PUCP.

Si pensamos que la nación implica una solidaridad y una comunidad entre las personas, esto debería llevar a un reconocimiento de todos aquellos que la integran no solo en el presente, sino también en el pasado. Sin embargo, esto no necesariamente ha sido así. La narrativa hegemónica del Estado-nación heredada del siglo XIX cumplió una función importante para esa centuria e inicios de la siguiente, pues le brindó a este una historia nacional que hundía sus raíces en el pasado y una justificación política que le daba legitimidad en el presente. Se trataba de una visión teleológica de la historia oficial, en la que primaba una homogeneidad de la nación en pos de un Estado nacional, cuyo momento fundante fue la independencia. En esta trama apoteósica, la galería de héroes, los padres de la patria, los grandes episodios fundacionales y sus símbolos y discursos eran los principales protagonistas de la construcción del Estado-nación.

Sin embargo, posteriormente esta narrativa se convirtió en un problema, entre otras cosas, por sus evidentes fisuras, olvidos y exclusiones. En ella, las regiones —en especial la Amazonía—, las mujeres, la población indígena, los afrodescendientes y los sectores populares se hallaban ausentes y, cuando aparecían, muchas veces eran estereotipados o su papel en la forja del país, minimizado. Estas dimensiones y actores de la nación terminaban siendo eclipsados en el discurso histórico por los grandes hombres, las instituciones establecidas y los acontecimientos político-militares. Si bien en el pasado ya hubo voces que llamaron la atención sobre este hecho, en las últimas décadas del siglo XX la emergencia de una cada vez mayor conciencia sobre la diversidad sociocultural del país —las diferencias étnicas, lingüísticas y de género— permitió advertir las contradicciones y los silencios de esta narrativa dominante. La vieja historia fue dejando de ser convincente y de cumplir una función social. Entonces, el desafío empezó a consistir en construir una historia inclusiva donde los miembros que constituyen la nación se vean reflejados y se sientan verdaderamente representados.

Si bien la investigación histórica avanzó mucho desde ese entonces, la generación de nuevos conocimientos no necesariamente se ha difundido, al mismo ritmo, a la población en general. Aún las regiones están subsumidas en una imagen que se pretende homogénea del país, donde no se distingue bien el norte del sur, la costa de la sierra, y donde el centralismo capitalino es proyectado a un pasado en el que la ciudad de Lima es la directriz del destino del país. Basta pensar en la fecha elegida como central en el calendario cívico: la proclamación de la independencia por San Martín en 1821, aun cuando la batalla decisiva se libró en la Pampa de Ayacucho en 1824. Sobre la Amazonía, todavía se trasluce la visión de un espacio no habitado y, cuando lo está, es por una población que, pese a su salvajismo y justamente debido a este, es necesario evangelizar o civilizar. Asimismo, domina el exotismo en su representación: también se la ve como un lugar generador de riqueza y del que hay que extraer al máximo sus abundantes recursos. Estos estereotipos se trasladan a la historia, donde la Amazonía emerge durante la conquista española como el territorio de los mitos de El Dorado o el País de la Canela, o donde tribus selváticas, cuyos saberes y creencias son considerados arcaicos, deben ser cristianizadas y dominadas. Desaparece para volver durante la República como espacio fronterizo sujeto a incesantes conflictos y guerras con otros países, o del que se extraen ricos recursos (como el caucho) y, al final, para reaparecer fugazmente en el proyecto de un par de presidentes que buscaron integrarla al territorio nacional.

No solo los espacios, sino también los sujetos históricos se ven desde este prisma. Es el caso de las mujeres, que en la historia oficial surgen a través de estereotipos muy definidos. Aparecen en el periodo virreinal la santa, Rosa de Lima; la amante del virrey Amat, Micaela Villegas, alias «la Perricholi»; las rebeldes, Micaela Bastidas o María Parado de Bellido; y, alguna vez, la libertadora Manuela Sáenz, nuevamente la amante, en este caso de Simón Bolívar, el libertador. Durante la República, están la mujer-hombre, Francisca Zubiaga, apodada como la Mariscala,

esposa del caudillo Agustín Gamarra; la viajera Flora Tristán y, a lo más, alguna de las reconocidas escritoras, sea Mercedes Cabello de Carbonera o Clorinda Matto de Turner. Si bien estas mujeres tuvieron un papel destacado en la forja del Perú, se las termina estereotipando o se las representa subordinadas al hombre, como esposas o amantes, no por ellas mismas. Incluso el voto femenino se presenta como una dádiva del presidente de turno, el general Manuel A. Odría, como si ellas no hubiesen hecho nada para conseguirlo. En todo caso, varias de ellas terminan siendo heroínas incómodas.

A la población afrodescendiente, por otro lado, se le representa como los explotados esclavos negros durante la época colonial y solo reaparecen cuando el magnánimo Ramón Castilla, en medio de una guerra civil, les otorga la libertad a través del decreto de abolición de la esclavitud en 1854, sin que estos hayan hecho nada por conseguirla. Nada más lejos de la realidad, pues los esclavos, además de recurrir a las revueltas, las fugas y la participación en los ejércitos a cambio de su liberación, emplearon estrategias legales, económicas y hasta afectivas para liberarse. Nuevamente, una visión desde arriba y, luego, los afrodescendientes se desvanecen en la historia patria. Peor aún sucede con los indígenas, que constituyen la mayoría de la población del Perú. Estos se presentan como los conquistados del siglo XVI y los más dominados durante el Virreinato a través del tributo, la mita y los repartos; luego, en 1780, se rebelan con su aguerrido líder Túpac Amaru II, otro héroe bastante incómodo, y, luego de la independencia, terminan subsumidos bajo la categoría de «peruano». Incluso los incas del pasado son elogiados, mientras que los hombres del Ande del presente son sujetos de diatriba, lo que reproduce la vieja visión criolla de los indígenas.

Si bien el análisis de estas imágenes y representaciones reviste mucha mayor complejidad, estos casos nos confrontan con el problema de la distancia entre la investigación histórica y los contenidos difundidos a la población en general. Lejos de promover una nación como plebiscito cotidiano, estas ideas reproducen prejuicios y silencios que no permiten

a las personas o a los grupos reflejarse en una historia común y, a la vez, heterogénea y democrática. El problema es que de la misma manera en que miremos el pasado observaremos el presente e, incluso, el futuro. Y ello, además, incidirá en nuestras propias acciones y en las políticas que adopte el Estado.

Este 2021 no solo se celebra el bicentenario, se realizarán también las elecciones presidenciales y todo ello en un momento de pandemia global. En este contexto, el bicentenario es una ocasión no solo para reflexionar sobre el proceso de independencia del Perú y realizar un balance crítico de los 200 años de construcción de la República, sino también, para pensar sobre cómo contamos nuestra historia a las nuevas generaciones y cómo nos vemos a nosotros mismos como nación. En ese sentido, construir una historia inclusiva es un desafío. Si nos vemos reflejados en ella y nos sentimos representados a nivel colectivo, puede ser viable la voluntad de querer formar parte de la nación, ese deseo claramente expresado de seguir viviendo juntos del cual hablaba Renan.